

Madrid, 19 febrero 1915).

Contribución á la psicología del hombre de orden.

Que nuestros partidos políticos no son valores ó potencias ideales es algo que aquí nadie ignora. Son más bien asociaciones de intereses y de afectos personales. Hay quien siendo un redomadísimo reaccionario se apunta para liberal por agradecimiento á un favor del jefe provincial del partido. Otro se deja colocar por su papá, que husmea en cuál de los partidos hay un mejor hueco para la carrera del hijito. Y luego, cuando pasan de uno á otro partido se dice que han cambiado de ideas, y no hay tal. ¡Ojalá! Para cambiar de ideas, como de trajes, es menester tenerlos; y aquí, ¿quién tiene ideas políticas? Ideas, ¡eh!, lo único que puede llamarse ideas.

No cabe, pues, definir nuestros partidos políticos, porque la definición supone categoría ideal, concepto. Y ni sabemos qué es lo que tratan de conservar los conservadores, ni qué es lo que van á liberar los liberales. El coco de nuestros partidos es el credo. Les basta con el pontífice. A pesar de lo cual, ó mejor dicho, merced á lo cual están muy bien los esfuerzos que, como el último de nuestro *Azorín*, tienden á definir lo indefinible. Y muy bien que sobre la base de un hombre real y concreto, psíquico, se trate de erigir una personalidad ideal, porque si se consigue, ésta, la personalidad ideal así erigida, matará, al cabo, á aquél, al hombre real y concreto, ó le modificará, si es modificable.

Pero si nuestros partidos políticos escapan á la definición lógica, no así á la descripción psicológica. Pues no cabe desconocer que, aparte los intereses y los afectos personales, y las tradiciones de familia, y el cálculo mundano, y un cierto elemento de azar, les llevan á los hombres á uno ú otro partido sus sendos temperamentos. Aparte de las ideas, en el campo de los instintos hay un temperamento reaccionario, y otro conservador, y otro liberal, y otro radical, y otro escéptico. Y así de seguida. Apenas hay envidioso, verbigracia, que no desee una Inquisición cualquiera que impida el que otro se distinga donde él no puede distinguirse. Y por algo esa especial barbarie troglodítica, que estimo extravagancia ó desequilibrio todo lo que no comprende—y es casi todo—, se viste de tradicionalismo, sin la menor idea de lo que la tradición es, y sin más que una cierta retórica de arenga tan vacua como inflamatoria para corazones... de estopa.

Es innegable, además, que nuestro sedicente liberalismo propende al libertinismo, es decir, á una cierta laxitud ética que no me atrevo á llamar latitudinarismo. La pobreza de sentido moral de nuestros sedicentes liberales oficiales—ó por denominación propia—es un triste caso. Cuando en otros países de verdadera conciencia política han sido precisamente los liberales los que han anudado el rigor ético.

Aquí, en cambio, hasta se jactan del pequeño chanchullo—porque todo es pequeño, aun la irre-

gularidad—, de lo que llaman habilidad, de la manera electorera, del favoritismo, y se burlan de las ideas. La austeridad repútanla inocencia.

Y nuestros conservadores, psicológicamente, ¿cómo podríamos describirlos brevemente?

No hace mucho que en un semanario—el *Nuevo Mundo*—publicaba Ramón Pérez de Ayala un artículo, tan sutil como suelen ser los suyos, titulado *Tabla rasa*.—*Interludio*, tratando de esto, de la psicología del conservador. Pérez de Ayala, á quien siempre leo con interés, suele pasarse de ingenioso á las veces y frisa con frecuencia en sofista. Pero siempre sugiere algo y á menudo cala hondo. Como en este dicho artículo.

En el cual nos dice que la esencia de la doctrina conservadora es considerar al hombre naturalmente malo: la malignidad. «No se entienda—añade—que la malignidad es la voluntad para el mal; antes bien, es la suspicacia para el mal, ó sea la manía de descubrir maldades recónditas allí donde no las hay, ó entre maldades y bondades iluminar con descaro las primeras y preterir las últimas.» ¡Muy bien visto! Y luego, hablándonos de cómo en los procesos de canonización en Roma hay siempre un abogado del diablo encargado de interpretar malignamente las vidas de los santos varones, vírgenes y matronas, añade: «El jefe honorario de todos los partidos conservadores del mundo es el diablo.» ¡Muy bien dicho!

Bueno será recordar al lector que lo sepa, y enseñar al que no lo sabe, que diablo—*diabulos*—quie-

re decir, en griego, acusador ó fiscal. Y tampoco estará de más decir que, de ordinario, la maldad de un hecho está más en quien la juzga que en quien la comete. Hay desdichado que lleva á cabo una barrabasada por torpeza ó ignorancia ó locura; pero nunca falta un mal intencionado, un conservador, que le atribuye la intención maligna que le faltaba. Y este tal es, de ordinario, el que hubiese cometido la misma fechoría á no temer á la ley externa.

Para el buen conservador no existe la irresponsabilidad... ajena, y en todo caso su aforismo es que al loco el palo le hace cuerdo. La cuestión es dar palo, y para tener que darlo, si es menester, se inventa delito. La facultad de castigar no puede quedar ociosa. La dignidad del infierno exige que haya condenados. Y si no, ¿para qué se instituyó esa saludable institución de ultratumba?

Hay fariseos que se mueren sin haber *hecho* nada malo—mejor dicho, ilegal—ni deseado nada bueno; sin haber cometido acto punible ni tenido pensamiento bueno. Y que cuando delinquen y se arrepienten es con atrición, no con contrición. Suelen ser almas ruines, temerosas de la ley y del buen parecer. Aquellos á quienes se puede aplicar el famoso dicho de «¡qué canalla es la gente honrada!» Y es que las gentes de camisa limpia, por *dandysmo* más que por aseo, suelen tener muy sucio el fondo del alma, el criadero de los deseos. Son los que se alegran del mal ajeno. Y sabido es que Nuestro Señor Jesucristo, que fustigó crudamente á los fari-



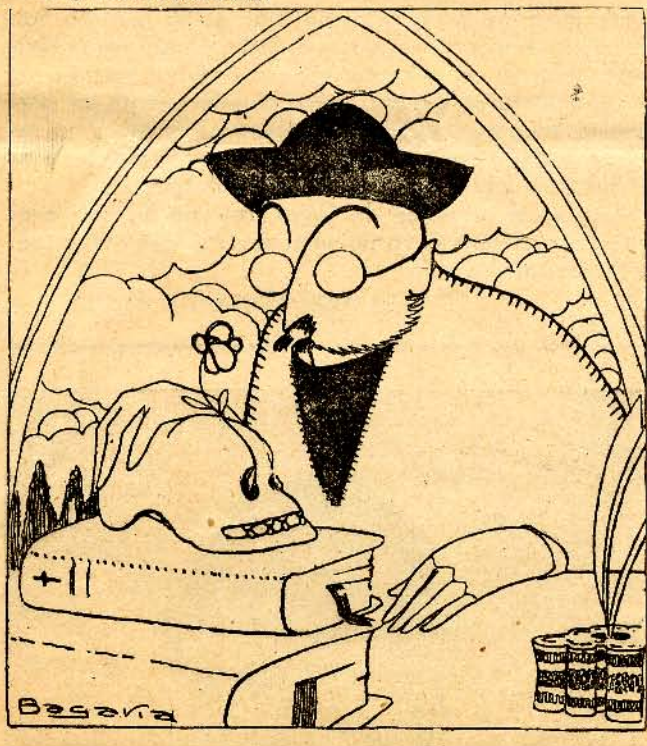


seos, personas honradas, respetables, de camisa limpia, que tenían qué perder, no canonizó, ofreciéndole la gloria, más que á un bandolero que murió junto á su cruz en otra cruz. Aquel bandolero era un anarquista.

¿Lo era? ¡No! Los anarquistas eran los otros: los hombres de la ley y de la autoridad. Es decir, los que llevaban la ley por fuera. Y es que, como dijo San Pablo, la ley hace el pecado.

No quiero aplicar todo esto demasiado concretamente á nuestros conservadores. Figuran con tal nombre muchos que nada tienen de tales. De su más prestigioso jefe he hablado con respeto, y más que respeto, más de una vez. Y recalco todo aquello y lo ratifico y encarezco. Pero hay que ver sus jaleadores y aduladores é idólatras que operan por los rincones de provincias. ¡Hay que ver los pape-luchos de buena prensa y de defensa social y de gente de bien que muerden viperinamente, buscando no más que flaquezas é inventando intenciones! Parecen escritos por gente de perversa condición.

Nuestra prensa de la extrema izquierda suele pecar, justo es decirlo, de procacidad, de grosería, de violencia antiestética, de plebeyismo; pero ¡esa buena prensa de extrema derecha! Es un modelo de insidia, de mala fe, de malignidad, de ruindad. Maneja á maravilla el arte de mentir con la verdad y el de morder muerdo venenoso con el elogio mal intencionado y hasta con el silencio. En mi vida olvidaré que la única vez, acaso, en que perdí de veras los estribos y tuve que acudir á la prensa con un comunicado violento, insultante—¡cuando tantas cosas hay que dejar pasar!—, fué en ocasión en que un diario de extrema derecha y de defensa social de mi pueblo nativo se metió, para zaherirme, en el terreno más sagrado, con la más baja y ruin malignidad farisaica.



¿Y el fondo de esa malignidad conservadora ó diabólica? Pues envidia, envidia, envidia y nada más que envidia. La envidia es la que cree que el hombre es naturalmente malo. Y no nos quepa duda de que si los eunucos mandasen, caparían á todos los niños. La autoridad para el conservador no es más que un instrumento de castración. Dicen algunos de ellos que las ideas delinquen, que hay que cercenar la libertad de pensamiento; pero es que envidian al que piensa. Su ideal es que no circule más que legalizado papel moneda del pensamiento y proscribir todo el oro, no sea que alguien le tenga nativo, vena de él, y acuñe dinero que logre curso. En el papel moneda todo es cuño, y el Banco—una institución ordenada, y autorizada, y... anónima—le tienen ellos. ¡El sentido común sobre todo! Es decir, nada de sentido propio. Los enemigos son la heterodoxia, la personalidad, la originalidad... etc.

Claro está que entre nosotros las cosas andan tan confundidas que figuran como conservadores ó liberales muchos que respectivamente no son lo que presumen y confiesan ser. Y he aquí por qué hace falta, de vez en cuando, una sacudida que le obligue á cada uno á ponerse del lado á que su temperamento le lleva, haciéndole ver claro en sí mismo. Si no en sus ideas, por lo menos en sus instintos. Y de aquí el que proclamemos algunos la necesidad de la guerra civil. Y ahora, en España, la gran guerra europea está azuzando nuestra siempre latente guerra civil y poniendo al descubierto el verdadero temperamento de las gentes. Y nuestra íntima barbarie troglodítica, nuestro autoritarismo inquisitorial y nivelador, el de la *democracia* (!!!) *frailuna* de que habló Menéndez y Pelayo, el de los eunucos intelectuales—que quieren castrar la inteligencia á los capaces de parir ideas nuevas y vivas, heréticas, por supuesto, con respecto á cualquier ortodoxia, pues lo demás no serían ni nuevas ni vivas—, todo eso que se disfraza de amor al orden y á la tradición, nos está brotando como un sarpullido. Y la conciencia nacional aparece con una enorme costra de lepra. Mejor así, pues cabrá intentar curarla.

MIGUEL DE UNAMUNO

La cuestión es de... La facultad de castigar no puede ser... La dignidad del hombre exige que haya... para que se... de ultra-umbra?

Hay... que se... haber... nada... no... Y... no... temerarias de la ley... quienes se... qué canalla es la gente... de causa limpia...